

ni por un instante, de la Anunciación del Angel y de la Misericordia del Señor, haciéndola concurrir á los fines de su Sabiduría y su Providencia; pero ¡cuán sorprendente y admirable debió ser para ella oír de los labios de otra mujer elegida una salutación idéntica al reverente saludo del nuncio de los cielos: «Bendita tú, y bendito el fruto de tus entrañas!» Y para expresar, lo mismo que el Arcángel Gabriel, la divinidad de aquel fruto, Isabel le llamará su Señor. es decir, el Dios Consustancial al Padre, el Dios-Hombre, tan rico como misericordioso, tan excelso como humillado, tan inmenso como circunscrito; el Redentor y el hermano cuya pobreza nos enriquece, cuya humildad nos exalta, cuya clemencia y cuyo amor llegarán hasta hacerle morir por la salud del hombre, y hasta morar perpetuamente en los Tabernáculos de su Iglesia para que las almas cristianas le reciban dentro de su mismo pecho.

Pero Isabel, en medio de tanta majestad, de tantas hermosuras, de tanto bien nunca soñado, olvidando por completo la grandeza propia para ensalzar la dignidad y la excelencia ajena, adorando, sobre todo, la Sabiduría, la Omnipotencia y la Caridad del Altísimo, añade recogida y humilde: «¿Quién soy yo para que tu visita me honre, para que tu voz me conmueva, para que dentro de mi seno mismo salte de júbilo el hijo de mi fe, el Precursor venturoso del Hijo del Eterno? Eres bienaventurada ¡oh María! porque creíste y con-

fiaste; y tú habrás de ser luz, esperanza, dulzura, consolación, Reina y Madre de toda la humanidad rescatada, porque todo cuanto te fué anunciado de parte de tu Señor, ha de tener su cumplimiento para redención del mundo y para santificación de las almas.»

Esta es, Señores, la humildad de Isabel. especie de alma gemela del alma candorosa de la Virgen María, como el alma del Bautista nos parecerá después gemela del alma de Jesús. En cuanto á la humildad de la hija obedientísima de Joaquín y de Ana, los ilustres representantes de tantos Reyes y Sacerdotes de la Antigua Ley, respondiendo á la humildad de Isabel, no hubo, no habrá jamás lengua humana que sepa describirla. ¿Qué digo? Ni el amor del Serafín encendido, ni la ciencia del Querubín celeste acertarían á medirla y ponderarla.

«Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se transfigura de gozo en mi Dios y mi Salvador Clemente: *Magnificat anima mea Dominum, et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* Él se dignó fijar en mí su mirada; El quiso hacerme grande por la virtud de su Nombre, á fin de que yo comunique á todas las generaciones los testimonios de su grandeza, y advierta á los poderosos de los rigores de su justicia, y á los humildes de las recompensas de su misericordia, y á los necesitados de la abundancia de sus dádivas; y haga presente al pueblo de Israel y á toda la descen-

dencia de Abraham, esto es, á los creyentes de todos los tiempos, que el Mesías es el Verbo Encarnado, y que en Él quedan cumplidas todas las promesas y patentes los secretos de todos sus Atributos, y abiertos para todas las almas los tesoros infinitos de su magnificencia y de su amor.»

¡Ah, hermanos míos! ¿Qué son, al lado de este Cántico, los Cánticos más sentidos y fervorosos de los Sagrados Libros? Yo contemplo á Moisés y á su hermana María, la Profetisa, cantando al Señor aquella Oda sublime, monumento de la liberación más prodigiosa que vieron los pueblos oprimidos (1). Yo leo el cántico parenético del gran Legislador hebreo, Profeta, taumaturgo justo, sabio, que al pie del Monte Abarim conoce la proximidad de su muerte, y da enseñanzas de salud para las generaciones venideras (2). Yo veo á Débora entonar, con un coro de doncellas, las más ilustres de su pueblo, un entusiasta Cántico eucarístico por las victorias de Israel contra el ejército de Sísara (3). Yo miro á los compañeros de Dañiel, ilesos entre voraces llamas, elevar al Señor aquellas bendiciones que la Iglesia ha querido perpetuar en las armonías de su liturgia (4). Yo oigo á Isaías y á Habacuc lanzar gemidos y suspiros ante el pensamiento del Mesías que ha de

(1) *Exod.*, XV.

(2) *Deut.*, XXXIII.

(3) *Judic.*, IV, 9.

(4) *Dan.*, III.

venir para iluminar al mundo, ensalzar en oraciones fervientes las misericordias del Señor, y pedirle suplicantes que no dilate el cumplimiento de sus promesas. Yo, por último, distingo á Ana, la madre de Samuel, exhalar todo el santo perfume de un alma agradecida, en uno de los Cánticos más tiernos y más bellos de la Antigua Alianza. Pero todas estas entusiastas y arrebatadoras pruebas de una gratitud intensa y de las inspiraciones de la altura, ceden necesariamente en gracias, y en humildad, y en virtud, al Cántico incomparable de la Virgen amada de Sión.

Penetremos, si no, con los Padres y los Expositores en los múltiples sentidos de esas concisas frases; estudiemos con las almas más singularmente devotas los secretos de sabiduría y de piedad que ese adorable Cántico contiene; investiguemos en él, con los Apologistas católicos, toda la profundidad de las prerrogativas y virtudes de la Virgen que lo pronuncia; y comprenderemos, sin duda, que sólo el entendimiento angélico podría tal vez descubrir á nuestro espíritu todo el fondo de tan sobrenaturales amores.

Sí; síntesis maravillosa de las adoraciones perfectas, de los homenajes y los Himnos eucarísticos, el cántico *Magnificat* asciende constantemente hasta el Trono del Eterno en incesantes espirales. Consagración y elogio sempiterno de los merecimientos de la Virgen María, cuidó la Iglesia Católica de enseñarlo en sus libros, de

perpetuarlo en su culto, de darlo en alimento diario y perdurable á las almas elegidas, á toda la sociedad cristiana, por ministerio de su Sacerdote. Y cuando nosotros, fijas aún la mente y la memoria en esa revelación portentosa de todos los espirituales afectos, seguimos las blandas huellas de la Virgen María hasta el nacimiento del Bautista, dónde vemos sucederse, ante las miradas de muchos, la imposición prodigiosa del hermoso nombre de Juan, *gracia de Dios, revelación del cielo*, y quedan libres los labios de Zacarías, cerrados y mudos antes por la desconfianza y la duda en la intervención divina, el cántico inspirado del Sacerdote de Abía, *Benedictus Dominus Deus Israël, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suæ*; «Bendito sea el Dios de Israel, que ha visitado y redimido á su pueblo;» este cántico, digo, será la nota correlativa que responda al unísono al Cántico de la Madre del Encarnado Verbo; nota que se repetirá asimismo todos los días en el Templo, como final solemne de las alabanzas del Señor, siendo ambos igualmente en su relativo influjo, resplandores de verdad, efluvios de santo amor, milagros del poder, consolaciones del infortunio, enseñanza de los pueblos, encanto de las tradiciones, embeleso de las almas.

Hasta aquí, Señores, hemos estado envueltos entre destellos de lo infinito y vagando por atmósferas divinas, saturando nuestro espíritu del

Amor substancial y del misterio eterno. Discurramos ahora un tanto por las regiones de la vida humana, por los caminos de lo finito, por las sendas de esos valles terrenos donde el hombre peregrina. Contemplemos á la Virgen María en casa de Isabel, no ya como la Madre de un Dios, que visita á la madre del heraldo predestinado de la Divinidad de Jesús, recogidas y elevadas una y otra en los secretos de la Caridad por esencia, sino como el alma fiel, como la doncella casta y respetuosa que va á depositar coronas sobre la cuna y el sepulcro de sus antepasados, y como la servidora solícita de una parienta amada: que aun cuando las acciones más sencillas de María se avicinan siempre con la virtud de los cielos, por la pureza de la intención y por la sublimidad de sus fines, debemos también considerarlas como enseñanza fecunda y salvadora para la dicha del hogar y contra las seducciones del mundo.

¡Oh y cuán delicioso es seguir á la Virgen de Nazareth por las cañadas y las colinas de Judá, acompañada de la mujer de Zacarías, tan modestas y tan afectuosas ambas como aquellas hijas de los antiguos Patriarcas que prefiguraron á María por su hermosura, por su virtud, por su afabilidad ó su heroísmo! Todas las confianzas de las almas puras, todas las reciprocidades de espíritu de las almas perfectas, todos los tiernos desvelos del cariño más acendrado, llenan sin sentir las horas de aquellas dos hijas predilectas

del Santo de los Santos. Los obsequios de María para con su prima Isabel son los cuidados asiduos de una sierva laboriosa; las tareas modestas é interesantes de la mujer hebrea: hilar el lino, tejer la seda, trabajar la púrpura, bordar el oro, embellecer la morada, ser afable y amorosa con los domésticos y los servidores. María cruza con Isabel mil y mil veces aquellas veredas intrincadas por donde llevaron sus pasos y pastorearon sus mandas tantos ascendientes egregios. María admira y recorre con frecuencia, en unión de Isabel, aquellas rocas celebérrimas, acariciadas por los olivos, las vides, las palmeras, los sicomoros y los terebintos; y ella se recrea con mirar las blancas torres y las alamedas frondosas del llano ó del otero, estudiando en cada una de aquellas peregrinas bellezas el emblema y símbolo adecuados de toda virtud fecunda. María recoge con Isabel, en el nacimiento cercano, el agua cristalina, menos transparente que sus almas; y ese manantial perenne y escondido será llamado por todos los afortunados viajeros de aquella tierra consagrada, la «Fuente de María.» Y en esas rápidas excursiones, en esas breves salidas, María extiende afanosa sus miradas por el sendero estrecho, por el atajo solitario, por las crestas peligrosas, para distinguir si hay algún pobre que socorrer, algún desgraciado que consolar, algún corazón afligido, cuyas lágrimas deban ser enjugadas con el cenital de la misericordia.

Entrando luego con esos seres benditos en el hogar dichoso, nosotros veremos al punto que no ha pasado por él, en aquella crisis suprema de la nación judía, ni una ligera ráfaga, ni el más leve soplo de las costumbres griegas y romanas, ni las volubilidades religiosas del habitante de Samaria, ni las soberbias hipócritas del Escriba y el Fariseo. Allí, ante todo, se encumbra el alma por la oración, por esa oración humilde que le entreabre los cielos y que la une con su Dios en vínculos indisolubles y en inextinguibles amores. Allí se ensalza de continuo, al despuntar la aurora, al declinar la tarde, al brillar el sol en su Mediodía, la gloria del Señor, que desde el Trono de su Majestad Inmutable cuida pródicamente del hombre que ha formado, y le convida á la eternidad de su gloria con la superabundancia de sus gracias. Allí se nos enseña á honrar la santidad y á imitar los ejemplos de las almas justas que levantan hacia la Verdad Absoluta y el Bien Sumo el corazón y el espíritu. Allí se nos aparecen á toda hora, revestidas de luces sobrehumanas, las hermosuras de la obediencia enfrente del Edén perdido y de la naturaleza rebelde y degradada. Allí nuestra mente y nuestra imaginación pueden admirar á un tiempo cuán vanos son el poderío, la ciencia, la riqueza y los honores para el hombre que atesora la fidelidad, la resignación, la virtud; y cuán dulces y envidiables la medianía, la obscuridad, la pobreza, cuando se vive en la fe y la

caridad de Dios y recibiendo y cultivando los dones que el Espíritu Paráclito quiere infundir constantemente en los corazones y en los entendimientos, en los individuos y en las sociedades.

Y cuando ya quedan cumplidos en aquella comarca celeberrima todos los designios del cielo, y María se despide entre ayes y sonrisas, entre alabanzas y bendiciones, para regresar al taller del hijo privilegiado de David, siempre acompañada de ángeles que revolotean en el espacio, yo adivino que la madre del Bautista quedaba murmurando todavía estas humildes palabras: «¿De dónde para mí tanta ventura, que venga á mí la Madre de mi Señor?» *Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?* Y los espíritus religiosos, meditando aquí sobre la salutación del Embajador celeste, y sobre el idéntico saludo de la madre del Precursor de Cristo, fijan luego su ánimo en la oración preciosa que ha añadido la Iglesia á aquellos caracteres eternamente indelebles, y en las antífonas, y en las letanías, y en la himnodia sagrada; y encuentran allí los ecos de la voz amorosísima, de los reiterados llamamientos con que la Virgen María requiere al hombre en el insondable amor de su maternidad, para que busque y ame la verdad y el bien; y hasta creemos oír las ardorosas súplicas que presenta á su dulce Hijo Jesús por la conversión de las almas pecadoras. Y al realizar este saludable examen, cada uno de nosotros, no obstante nues-

tras flaquezas y nuestros desmayos, no puede menos de decir con la inflamada Isabel, en el interior de su pecho: «¿Cómo yo he podido ser digno de que la Madre de mi Señor venga hasta mí?» *Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?*

Mis amados hermanos: Hemos indicado ya en este Discurso que en las escenas de esta Visitación misteriosa y en las virtudes de María y de Isabel hay ejemplo y edificación admirables para todos los estados y todas las condiciones de la vida; pero es en el hogar creyente, en las generaciones castas y piadosas, donde tiene su aplicación más adecuada; así como es la virtud de la humildad la que ese alto suceso infunde por especial manera en el corazón y en el entendimiento del hombre. Esa visita que hace María al Infante que aún no ha venido al mundo, pero que ha nacido ya para Dios, es un aviso de amor tierno y fecundísimo que, esforzándose en acumular allí los rayos de la fe y de la esperanza, llama hacia el nuevo ser la atención previsoras de sus amorosos padres, á fin de que, al brotar el árbol, ellos principien ya á cuidar de su crecimiento y lozanía, de su florescencia y su fruto. El hogar es el delicado plantel que nutre las sociedades; y sólo en aquel hogar donde se crea, se espere, se ame, se respete y adore, serán educadas las inteligencias que despidan una luz bienhechora, que ni incendie ni se extinga; los espíritus que sepan la-

tir, generosos y desprendidos, ante la indigencia y el infortunio; los corazones intrépidos que defiendan heroicamente la patria; los corazones serenos y sublimes que den sonriendo su sangre y su vida por confesar sus creencias, como los antiguos mártires.

¡Oh cuán gratas son esas horas en que despierta el alba, ó asoman los primeros rayos del sol, oyendo las oraciones de una familia fiel, y transcurre el día sin contradicciones que alteren el gozo espiritual del alma, siquiera puedan presentarse nubes en el bienestar temporal de la vida, ó se haya descendido algunos grados en la escala de los honores y en el nivel de la fortuna! ¡Cuán imponderablemente hermosa, cuán santamente fecunda es la amistad que visita los hogares, ajena á toda pasión mezquina y á todo afecto mundano, pasando antes por el corazón de Jesucristo y por el corazón de la Virgen María, para cambiar un saludo sincero y candoroso, para sembrar un consejo saludable, para dejar una sonrisa que los labios tomen del corazón, una enseñanza que ennoblezca el espíritu, una santa templanza que modere los júbilos y calme los dolores, una acción ó una frase que contenga gérmenes de felicidad ó de consuelo; algo, en fin, que pueda vigorizar la fe, si está intacta; que pueda avivar las laudables tradiciones, si se hallan amenazadas de tibieza ú olvido; que pueda soldar con solidez algún eslabón de la cadena de la piedad, labrada

por tantos antepasados fervientes, si por desdicha se ha roto.

Únicamente así, Señor Excmo., será fielmente copiado el perfecto modelo de la casa de Zacarías y de Isabel, llevado hasta el ideal de todas las bellezas y todas las ternuras con la Visitación de la Virgen María: únicamente así los padres temerosos del Señor lograrán dar fechas inolvidables á sus hijos, y á los hijos de sus hijos, y sembrarán semilla de bendición que produzca generaciones castas y benditas: únicamente así los jefes de la sociedad doméstica aprenderán á huir resueltamente de esos centros del mundo, de esos torbellinos de la vida moderna, donde vemos en oposición á cada paso los caracteres y los temperamentos; donde una razón que cree, se encuentra con una razón escéptica, ó un corazón que siente se toca con un alma marchita; donde las rivalidades y el lujo trajeron consigo la ruina; donde la envidia intentó empañar una honra acrisolada, ó puso sombras en una reputación gloriosa; donde las murmuraciones de una lengua ligera, las calumnias de una mujer repulsiva, los desórdenes de una madre que descuida sus deberes sagrados, son mil veces más dañosos que la fiera en el monte, el reptil en la maleza, la borrasca en los mares, la inundación en la campiña.

En la dulce visita que la Virgen de Nazareth hace á las montañas de Judea aprenderemos nosotros asimismo que, entre las ricas virtudes que